

Esta nueva obra de Remedios Ávila, que aborda el tema del nihilismo, una de las señas de identidad del pensamiento nietzscheano, desde el principio hasta el fin, viene a completar su línea de investigación sobre el pensamiento de Nietzsche y la metafísica. Se trata de un tema cada vez más presente en la filosofía actual y que aquí se define justamente como lo que era para Nietzsche: *un desafío*. Y este ensayo lo que pretende es profundizar en el significado del nihilismo, desvelando sus síntomas, indagar en el modo de superarlo, etc. Pero la singularidad de esta obra está en que enfrenta el nihilismo con la metafísica, o sea, se pregunta la autora: ¿qué tiene que decir la metafísica frente a esa amenaza que es el nihilismo? Una cuestión verdaderamente paradójica si tenemos en cuenta que para Nietzsche la metafísica es nihilista. ¿Qué puede oponer, entonces, hoy la reflexión filosófica, en concreto la metafísica, al desafío del nihilismo? El mismo título nos orienta en relación al hilo conductor de esta obra: por una parte el nihilismo, y las distintas maneras en las que se manifiesta, y por otra parte la respuesta al desafío del nihilismo, que la autora, de una manera original, descubre en la *pietas*, en su sentido más originario, *reconocimiento y gratitud*, una respuesta adecuada y una manera nueva de abordar el problema.

Además de esa nueva perspectiva desde la que se estudia el problema del nihilismo, Remedios Ávila trata de poner en su sitio a la metafísica en el contexto de la filosofía de Nietzsche. Es cierto que muchos lectores tratan siempre de buscar la confrontación de éste con la metafísica, o de oponer nihilismo a metafísica, cuando en realidad se da una cierta “vecindad” (p. 27). No hay que olvidar que Nietzsche definía el nihilismo como “una forma divina de pensar”, en el que “el amor a la vida”, y la “*pietas*” como respeto a la vida, veneración, configuraban su sentido. Si en algo coinciden Nietzsche y la metafísica es precisamente en que ambos tratan de superar el nihilismo. Ser y nada se presentan como dos contendientes que encuentran su razón de ser uno en el otro. En este sentido es difícil y arriesgado defender al mismo tiempo el valor de la metafísica y la filosofía de Nietzsche, pero en esta obra se hace con la mayor naturalidad.

En la primera parte, en la que se estudian cuestiones referentes a la metafísica, se trata de reivindicar su valor como instrumento válido para abordar los interrogantes que plantea nuestro mundo. Estamos ante una acertada legitimación y reivindicación de la metafísica, que la autora hace con mucho tiento y equilibrio, sin estridencias. En este contexto metafísica y nihilismo no son dos cosas diferentes. Nietzsche sostenía que toda metafísica es nihilismo, pues ésta, a lo largo de su historia, siempre ha hecho un juicio sumarisimo sobre la vida: “la vida no vale nada”. Sin embargo, la metafísica, que opone el ser a la nada, es la historia de la reacción contra el nihilismo. Entre el ser y la nada, como entre Apolo y Dioniso, se puede establecer esa “relación nietzscheana” de cuño trágico, cuyo resultado es que no se vislumbra un final. Una relación fértil y productiva. Por eso, la metafísica tiene que seguir preguntando, aunque abandone su voluntad de sistema, y plantearse teóricamente qué es lo que puede poner a la fuerza de la nada. Por eso, la articulación de esta primera parte arranca de un análisis que la autora desarrolla con gran claridad sobre el porqué de la crisis de la metafísica y los problemas que genera: el problema del ser, un problema que en definitiva se resuelve en el problema de la apariencia, el “problema del doble”. El otro problema es el problema del sentido, que se aborda desde una perspectiva que constituye realmente la idea conductora de la obra: la naturaleza de la compasión, que en definitiva se resuelve en el problema del dolor, y los límites de la comprensión. Esta primera parte constituye un soporte teórico desde el que se aborda posteriormente la segunda en la que el *partner* del diálogo es Nietzsche.

La segunda parte del libro aborda el tema del nihilismo desde la perspectiva nietzscheana. Es cierto, como señala la autora, que el nihilismo es el centro nodal de toda la filosofía de Nietzsche. Desde el principio hasta el final el tema del nihilismo es una constante y la perspectiva desde la que Nietzsche articula su pensamiento. Para Remedios Ávila, “Nietzsche sigue proporcionando la mirada más profunda para analizar ese fenómeno en su doble consideración, metafísica y moral”. (p. 31) Esta parte la califica poéticamente como “paisaje con figuras”, es decir, Nietzsche y las figuras, afines, que se ubican en ese marco nihilista con respuestas metafísicas al desafío de la nada. Los interlocutores que se seleccionan en este contexto para un diálogo sobre el nihilismo son: Sócrates, Spinoza, Schopenhauer, Heidegger y, como punto de referencia, claro está, Nietzsche. En este sentido, tal vez por contraste, es más fácil comprender la posición de Nietzsche frente a este problema y las implicaciones del “desafío del nihilismo”. Pero en este diálogo hay un tema que sirve de “hilo conductor” para dar respuesta a los problemas de la nada: la *pietas*, que exige que por

encima de toda negación hay siempre algo que merece ser respetado o afirmado, y que podría ser una verdadera alternativa frente al nihilismo. De ese modo, la metafísica opondría al nihilismo la *pietas*, aunque su historia demuestra más bien su inclinación nihilista. En Nietzsche la *pietas* alcanza su más alto nivel. Opuesta a la compasión, se dirige a esta vida, al amor apasionado hacia la vida presente. Y en este contexto, el arte jugaría un papel esencial, pues tanto para los griegos como para Nietzsche, es el mejor aliado de la vida. Pero si esto es así, hubiera sido bueno que frente al problema del nihilismo la autora hubiera desarrollado más las implicaciones estéticas del fenómeno nihilista<sup>1</sup>. No obstante, con gran acierto se pone en relación la piedad con la risa y el humor, dos dimensiones estéticas de la existencia que Zaratustra trata de enseñar a los hombres en su adoctrinamiento como preparación para el superhombre.

El desarrollo de esta segunda parte se inicia con un capítulo dedicado a los griegos, fuente principal de la filosofía nietzscheana. Como es bien conocido, Nietzsche consideró al pueblo griego como paradigma para comprenderse a sí mismo y a su tiempo. El *agonismo* y la *pietas* constituyen dos puntos de referencia para explicar el origen y la decadencia de la tragedia (p. 165). Remedios Ávila trata de demostrar cómo la piedad da vida a la tragedia, entendida la piedad como reconocimiento de los límites, y de que hay algo más allá insondable que el hombre no puede comprender, pues la verdad nunca será comprendida absolutamente. Pero estos conceptos, que estaban muy presentes tanto en Sófocles como en Esquilo, sufren una variación semántica con Eurípides y, sobre todo, con Sócrates, algo que Nietzsche utiliza como argumento para adscribir a Sócrates la muerte de la tragedia. Nietzsche acentúa la sensibilidad de los griegos para el dolor y su amor al arte, de tal manera que el antagonismo entre sufrimiento y belleza, piedad y amor, ponen de relieve el talento especial de este pueblo para saber y sufrir (157) y cómo el amor a la vida es la condición necesaria para la actividad filosófica. Emblemática es la afirmación del propio Nietzsche cuando expresa que los griegos fueron un pueblo que tuvo que sufrir mucho para llegar a ser tan bello.

Otro de los capítulos está dedicado a Spinoza, donde se exponen los puntos de encuentro y desencuentro entre ambos autores. Las afinidades con Spinoza las encontramos, sobre todo, en *La genealogía de la moral*. Nietzsche descubre en Spinoza al asceta, al ermitaño, al solitario, y su filosofía se presenta como un paso más en el camino hacia la consumación del nihilismo (p. 202). La importancia del conocimiento y su relación con los afectos, y la proximidad entre filosofía y vida, lo acercan a muchas de las tesis nietzscheanas, ya que para Spinoza la sabiduría del hombre es una meditación de la vida. Nietzsche llama *amor fati* a la voluntad de decir sí a la vida. Pero coinciden en “hacer del conocimiento el afecto más poderoso” (p. 210).

Uno de los capítulos más atractivos del libro es el dedicado a las relaciones Nietzsche-Heidegger. El análisis del trabajo de Heidegger, *¿Quién es el Zaratustra de Nietzsche?*, permite a la autora plantear no sólo el lugar de Heidegger en la historia del pensamiento, sino, sobre todo, poner en relación al gran filósofo del siglo XX, con el otro gran filósofo que cierra el siglo XIX. En el fondo, la pregunta que subyace siempre a la interpretación de esta relación sigue dando que pensar: ¿Qué representó Nietzsche para Heidegger? ¿Un desafío, como decía su hijo? ¿Un reto que nunca pudo superar? Tal vez una de las cuestiones principales de la historia de la filosofía más reciente sea ésta, la confrontación de dos pensamientos que se implican tan descaradamente. ¿Por qué dice Heidegger que Nietzsche hace metafísica? ¿Por qué lo sitúa como el último pensador subjetivo de la historia de occidente, y por qué le concede un lugar privilegiado en esa historia? ¿Nietzsche pensó metafísicamente como decía Heidegger? ¿Es realmente justo Heidegger con Nietzsche? En el fondo siempre permanecerá la duda, si realmente llegó a superarlo, si el problema de Heidegger no era realmente Nietzsche. La autora afirma con razón que Heidegger recurrió a Nietzsche, porque en él se daba la misma preocupación: reflexionar sobre la vida, ofrecer un diagnóstico sobre el tiempo presente y ofrecer una terapia (p. 241). Al fin y al cabo el ocaso de lo trágico en el mundo griego y el “olvido de ser”, son fenómenos paralelos. Pero lo curioso es que también Heidegger encuentra el camino de la tarea del pensar: contra el nihilismo la piedad es la actitud de la escucha que sigue a la formulación de la pregunta, pues “preguntar es la piedad del pensar” decía Heidegger (p. 218). Pero esa piedad consiste en meditar, es decir, en la espera y en la serenidad que son el verdadero camino para superar el nihilismo. En este contexto, Remedios Ávila vuelve a insistir en la importancia del

---

<sup>1</sup> El problema del nihilismo en sus distintas vertientes fue tratado en un Congreso celebrado en Almuñecar (Granada) en septiembre de 2005. [Las colaboraciones están en prensa]. Sobre el tema remito a mi obra: *Arte y poder. Aproximación a la estética de Nietzsche*. Madrid: Trotta, 2004, 668 pp.

arte para Nietzsche, y crítica a Heidegger, siguiendo a Vattimo, el no haber tenido en cuenta el modelo estético que está presente en la filosofía de Nietzsche, aunque dedicó muchas páginas al tema de la estética en su libro sobre él. En este sentido, Remedios insiste en poner en relación la piedad con el arte. Es decir, la piedad lo mismo que el arte es un medio de embellecer la existencia, una estrategia de la vida a favor de la vida, una manera de hacer bello lo que se experimenta como doloroso. Y es que no hay piedad sin dolor, como no hay belleza sin sufrimiento. El dolor y el sufrimiento no se niegan, sino que se asumen como una parte de la vida. La piedad de Nietzsche, en definitiva, no es otra cosa que el “amor a la vida”, algo que está más allá del bien y del mal.

Aquí radica la originalidad y la aportación principal de esta obra: la posibilidad de la superación del nihilismo mediante la *pietas*, entendida no sólo como solidaridad y compasión. En su conjunto este interesante libro nos proporciona una serie de claves para poder interpretar y dar respuesta a algunos de los problemas que ha generado el pensamiento de Nietzsche: la interpretación de nuestro modo de ser en el mundo actual; la relación Nietzsche-Heidegger, un problema en el que en cierta manera se juega la filosofía del propio Heidegger; el pensamiento nietzscheano en torno al pesimismo, la decadencia y el nihilismo, y, sobre todo, el nuevo camino que nos abre Remedios Ávila para pensar la *pietas* como otra manera de superar el nihilismo desde dentro del propio pensamiento de Nietzsche.

Luis Enrique de Santiago Guervós